



Cita en el aire

FASCÍCULO CUARTO



4 de 9

Severiano Gil

CAPÍTULO OCHO

CASA DE BACHIR, MÍDAR MARRUECOS ESPAÑOL

Busta se detuvo un instante, pensando, antes de decidirse por completo. Había sido avisado mucho tiempo antes, por una de las chicas, y pudo asistir, oculto, a la llegada furtiva de los dos españoles, así como a los manejos de Aísa para esconder a uno de ellos, precisamente, en el almacén de artículos de contrabando. Cuando observó, oculto tras la celosía, que era la propia Zahra la que iba a visitar a uno de los hombres, no pudo más y se dijo que tenía que intervenir.

Busta Mohamed *hach* Táieb era sobrino del dueño de la casa, pero un sobrino un tanto especial; hijo de un hermano de Bachir que, desafiando la voluntad del padre de ambos, había contraído matrimonio con Fatna, una mujer de la cábila de Beni-bu-Ífrur perteneciente a una familia con los que los Ukilí no estaban demasiados bien avenidos. Fatna era, además, *zamásigh* por los cuatro costados, es decir, bereber y, por lo tanto, gozaba de escasa consideración a los ojos de los árabes de Beni Ukil.

Mohamed, el padre de Busta, debió trasladarse a vivir dentro de los confines de la tribu de su esposa, alrededor de la cuenca minera de Uixan, y sólo a la muerte de su propio padre pudo el sobrino de Bachir regresar al solar paterno, aunque convertido en algo así como un familiar de segunda clase. Conservaba un cierto ascendiente sobre los demás miembros de Beni Ukil, no en vano era un *xorfa* más de entre los *hach* Táieb, pero era dentro de su propia familia donde se sentía ciertamente despreciado.

No había nada escrito, nada demasiado patente, pero él era siempre el encargado de hacer las tareas de menor importancia que, a menudo, resultan ser las más desagradables; y jamás, en ningún momento, se le había permitido relacionarse con lo que era principal actividad de la familia, el estraperlo.

No era extraño, pues, que lo que más deseara el sobrino de Bachir fuera acumular el suficiente dinero para salir de aquella ratonera donde se le menospreciaba tanto, instalarse cerca de Melilla y hacer prosperar algún tipo de negocio de aquéllos que tanto proliferaban; sería comerciante, vendedor, un poco estraperlista; se mostraría obediente en extremo con las autoridades, y sumiso con todo aquel *aromi* que, olera o no a dinero, pudiera influir para hacerle algún mal; agacharía la cabeza, sonreiría, se guardaría los insultos de la rabia y, en justa correspondencia, conseguiría unos beneficios más que aceptables con los que poder vivir y reunir algún capital. Sabía de muchos que lo hacían, y les iba bien, y pensaba que no había razón alguna para que él no pudiera ser uno más.

Pero para ello necesitaba dinero; dinero contante y sonante, no el sueldo que recibía de su tío Bachir, casi todo él en especies que trataba de trocar por monedas, siempre que podía, en los zocos cercanos; vendía pollos, conejos, alguna fruta y traficaba con *kif* y tabaco, pero era muy poco lo que lograba.

Sin embargo, había descubierto un modo de aumentar sus ganancias: procuraba aumentar el confort de los oficiales del destacamento, cada vez que éstos venían a la casa y, también, mantenía informado al capitán Peñafiel de los movimientos de las mercancías, con lo cual éste podía saber si Bachir le engañaba en los tantos por ciento

que pagaba a los españoles con el objeto de que las patrullas se mantuvieran alejadas de la zona de movimientos contrabandistas.

Lo único que no había conseguido Peñafiel que le revelara era el lugar donde se efectuaban las entregas, y de qué manera, con lo que el español disfrutaba sólo de una información parcial, imaginando seguramente que el contrabando seguía las vías tradicionales, a lomos de caballerías, a través de las montañas que separaban las zonas francesa y española.

Por eso se había sentido preocupado cuando, en las primeras horas de oscuridad, un avión había sobrevolado los cerros, atronando el aire con el sonido de su motor; si el capitán español descubría el medio por el que las mercancías ilegales llegaban hasta allí, tal vez dejara de necesitar su información puntual sobre la llegada de ésta, y prescindiera de sus confidencias. Aunque, también, cabía la posibilidad de que los militares españoles no relacionaran el aeroplano con las acciones de contrabando.

Esta fidelidad parcial, no obstante, suponía para Busta unos ingresos considerables, pero no suficientes para poder realizar sus deseos. Lo que Peñafiel le daba, unido a la miseria que recibía de Bachir, sólo le permitían fundar esperanzas a un muy largo plazo; pero no tenía otra cosa. Busta, dejando que su sangre árabe, heredada de su padre, se impusiera sobre la fogosidad temperamental de los bereberes *imasiguen*, heredada de su madre, esperaba paciente a que, tarde o temprano, se hicieran realidad sus sueños.

Seguro ya de que debía informar a los militares *aromis* sobre aquella visita tan fuera de lo común de los otros dos, salió de la casa y caminó rápido, cuesta abajo y evitando el poblado, hacia el destacamento de Caballería.

PALMS FIELD, BÉCHAR

ARGELIA FRANCESA

—*Lizzie*, oiga, *Lizzie*. Aquí *Pamela* llamando a *Lizzie*. Si me recibes da dos golpes de interruptor. Cambio.

Ernesto Ibarra permaneció a la escucha durante unos segundos antes de repetir la llamada. Miró el reloj y calculó que Howard debía de estar, si no en el aire, a punto de despegar.

La luz de la escalera irrumpió en la habitación destinada a la radio, que estaba en penumbra, y Harry entró, con las manos en los bolsillos y tratando de fingir despreocupación.

—Hola.

Ernesto se volvió a medias hacia él.

—¿Ha salido ya? —preguntó el jefe de operaciones, después de un instante.

—Negativo —respondió el español—. Debe de faltar poco.

—De todas formas, cuando lo haga, interrumpe todas las llamadas, no sea que tus paisanos las detecten.

—¡Y dale...! —Ibarra sonrió no obstante ante la costumbre de Harry Dover de llamarle *torero*, *donjuán*, *fascista*, *falangista*, *inquisidor* y otras lindezas por el estilo que, al principio, molestaban al español pero que, a fuerza de oírlas generalizarse en boca del resto de sus compañeros, llegó a encontrarlas, si no graciosas, sí aceptables como apodos personales que nadie más podía arrogarse en *Palms Field*.

—*Lizzie*, aquí *Pamela*. Adelante, *Lizzie*, cambio.

Nada.

—¡Bah!, debe de estar tomando té con Bachir y los demás.

—O detenido en una cárcel falangista, en cuyo caso... —Harry se acercó a la puerta, con paso lento, saliendo y cerrando sin hacer ruido.

Ernesto desconectó la emisora, encendió un pequeño flexo y se puso a leer su novela favorita mientras esperaba.

BENI TUSIN, MARRUECOS ESPAÑOL

La gastada camioneta Chevrolet saltaba de hoyo en hoyo, de zanja en zanja, de peñasco en peñasco; como si Ráchid, que iba a volante, se hubiera empeñado en no saltarse ni uno solo de los obstáculos que entorpecían la marcha.

El vehículo, un trasto de carrocería desvencijada y mínima, de mecánica muy gastada pero cuyo motor todavía era capaz de rendir, iba equipado con las largas botellas del sistema de combustión por gasógeno, sujetas verticalmente a la trasera de la cabina descubierta. Howard las había señalado, mostrando su extrañeza al ver que contrabandistas en gasolina tuvieran que recurrir a aquel otro medio; pero Remigio le mostró los conductos que colgaban, sin conectar, entre las vigas del chasis.

—Hay que disimular —dijo el español, dando un golpecito a las botellas—; estaría demasiado claro, ¿no?

Habían salido de *Phantom Field* por un camino carretero que, inmediatamente, comenzó a sortear escarpadas colinas solitarias, sin dejar de descender de aquellos montes sobre los que estaba encaramado el oculto lugar de aterrizaje. El sendero estaba jalonado de peñas, cortaduras y desgastes producidos por las avalanchas de agua, y a Howard le parecía inverosímil que aquel camino fuera el que habitualmente seguían las mercancías.

Ráchid le aclaró, medio en francés medio en inglés, que el contrabando seguía otras rutas, y que ellos habían elegido aquella para evitar el largo y difícil trayecto que les llevaría hacia el Norte.

—¿Difícil?

El norteamericano sonrió para sus adentros; si aquel hombre catalogaba como difícil una carretera, realmente debía de serlo.

Los pobres faros del camión de escaso tonelaje alumbraban demasiado cerca del parachoques, y las grietas y baches se les venían encima con la suficiente rapidez como para impedir que el conductor maniobrara a tiempo de evitarlos. Howard sacó su mapa y echó un vistazo ayudado por su linterna. La carretera general Melilla-Alhucemas se enroscaba formando volutas rojas en el papel impreso, siguiendo la falda Sur del *yebel Kéchkech*, el mismo monte de 1.623 metros que tuvo que evitar con el *Lysander* antes de encontrar el primer punto que le llevaría a *Phantom*. Pero, por más que buscaba en el mapa, no encontraba la pista que estaban siguiendo y que, ayudando con su pendiente a que la Chevrolet mantuviera su velocidad, descendía en dirección general Sudeste para alcanzar los llanos de Mídar.

Apareció uno más de aquellos arroyos fangosos con las márgenes llenas de piedras, y la camioneta se abalanzó hacia él, abandonando el firme más o menos uniforme del sendero. Las ballestas crujieron, y Ráchid tuvo que accionar los gastados frenos para reducir la inercia del descenso. Lentamente, salvaron el riachuelo y, a partir de la orilla

opuesta, el infame camino se convirtió en una senda abominable apenas distinta del resto del campo que les rodeaba.

La primera marcha rascó, y los engranajes de la caja de cambios chirriaron al atacar el vehículo un repecho pronunciado. Howard trataba de situarse, y lo consiguió, a pesar de que la luna oculta entre las nubes no alumbraba demasiado el terreno; siguió asombrándose al poder comprobar que aquellos parajes figuraban en el mapa como inaccesibles, y se dijo que si era difícil posarse con el *Lysander* en la falda de un monte, no lo era menos atinar con el camino correcto por aquellas quebradas y cerros, que tan pronto te dejaban ver las luces de los poblados como te sumían en una sima oscura y tenebrosa.

Las palancas del cambio y la reductora comenzaron a temblar, hasta que la caja de transmisión escupió la marcha; la palanca dio un salto y el vehículo se quedó sin tracción. Ráchid, haciendo gruñir de nuevo los engranajes, la insertó otra vez, y Remigio la mantuvo en su sitio apoyando el pie con fuerza sobre ella.

No se veían apenas luces, un par de lo que parecían ser bombillas cercanas y mortecinas, o luces más potentes y muy lejanas.

—¡Cambia! —gritó Ráchid, sobresaltando a Howard y pisando el pedal de embrague.

Remigio metió la primera marcha y sujetó la palanca con ambas manos. Los neumáticos arañaron la tierra y la Chevrolet excedente de guerra superó lo que parecía ser el último obstáculo. Luego, comenzaron a rodar por algo parecido a una pista más o menos parecida a la que abandonaron, y Remigio metió la segunda e hizo presión con el pie hasta casi clavar el pomo de la palanca contra el tablero.

—Queda poco —dijo Ráchid—, *little range*.

—*Okay*.

—Unos dos kilómetros hasta el zoco..., *above two kilometers to Sok of Beni Tusin*. Después, *short way to Mídar*.

—*Ah, well!* —Howard trató de localizar el nombre del zoco en el mapa, pero los saltos de la camioneta se lo impidieron, mientras que los dos contrabandistas comenzaban a hablar entre ellos en español.

—¿Sigues decidido a hablar con Peñafiel? —preguntó Remigio.

—Es lo mejor; no sospechará. Si vamos a la casa y él está allí, es capaz de seguirnos a la vuelta para conocer el sitio de los aterrizajes. Mi tío no quiere que sepa que lo hacemos por avión, ni dónde está el campo.

—Bueno —se encogió de hombros el otro—; lo malo es que no esté en el destacamento ni en la casa; algunas noches va a visitar al interventor de la zona, y al médico de Mídar...

—Mejor así; nosotros nos identificamos y, además, estamos seguros de que no ve nada que pueda relacionarlo con el avión.

—Tal vez tengas razón, y, además, tú mandas.

La aguja del cuentakilómetros estaba trabada en la parte baja de la esfera, pero Howard calculó que rodaban, cuesta abajo, a no menos de cincuenta o sesenta kilómetros por hora, una enormidad para aquel camino de cabras; y el aire que les azotaba, a pesar del parabrisas alzado frente a ellos, no tenía ya el frescor y la pureza del de las cumbres; debían de estar muy bajos ya.

Miró el reloj: las 23.30. En *Palms Field* debían de estar empezando a preocuparse.

PALMS FIELD, BÉCHAR**ARGELIA FRANCESA**

Para las once y media, más de seis personas se encontraban reunidas en torno a la emisora de radio del aeródromo. A excepción de Bob Drake, casi todo el resto del personal fijo de *Air Touareg* estaba allí. Harry Dover, sudoroso y agitado; Francis Humberton y Marcel Ledom, los dos mecánicos jefes; Dick Parker y Johnny Reed, así como Morris y Herbert, los otros dos operadores de la torre de control.

Todos pendientes del reloj y del tiempo atmosférico, que se mantenía despejado por fortuna, y de los nerviosos movimientos de Ernesto Ibarra; Reed había llevado a cabo una revisión de la emisora principal, por lo que quedaba descartado un fallo en el equipo.

Claire también acudió, acompañada de la mujer de Harry y portando ambas sendas bandejas con café y bollos; intuían que la noche iba a ser larga.

Ibarra había inundado el cenicero de colillas, a lo largo de la tensa espera, mucho más dilatada que la de los otros, y se marcó, al final, la pauta de lanzar un par de llamadas cada cinco minutos.

—*Lizzie, Lizzie, aquí Pamela. Adelante, cambio.*

Siempre era el silencio la única respuesta, y Harry se felicitaba al conocer la tremenda escasez de equipos radiotransmisores que padecían los españoles.

—..., si no fuera así —aclaraba—, estaríamos haciendo un verdadero programa de radiodifusión desde hace dos horas; lo suficiente para que, en todo el Marruecos español, se conocieran hasta el último de nuestros detalles.

Ernesto radió otra llamada, y desistió.

Pasaban ya de las 23.50, hora de Argelia.

—Herbert —se dirigió Dover a uno de los operadores de la torre—, ¿te importaría pedir una conferencia con Argel?

—¿Ahora?

—Sí, ahora mismo.

MÍDAR, MARRUECOS ESPAÑOL

La camioneta Chevrolet irrumpió en la carretera general haciendo patinar sus ruedas traseras en el polvo; recorrió un trecho a todo gas y aminoró la marcha para cruzar el poblado. Pasado ya éste, Ráchid volvió a apretar el acelerador para obligar al cansado motor a petardear mientras ganaba potencia; metió la tercera marcha y, rápidamente, Remigio sujetó hacia sí la palanca para evitar que saltara.

Poco después, el marroquí detuvo poco a poco la carrera del vehículo hasta apretar el freno totalmente junto a una bifurcación apenas visible; hizo avanzar un poco más la Chevrolet y detuvo el motor, que pistoneó descompasadamente antes de pararse. La camioneta, con las luces apagadas ya, rodó por la inercia hasta que se detuvo, por fin, dejándoles rodeados del más completo silencio.

Ráchid hizo chirriar la suspensión al descolgarse del estribo, y Howard y Remigio le imitaron por el otro lado. La noche estaba fresca, oscura; en la caja, dos hombres del equipo de descarga hablaban en susurros, y el piloto se dijo que debían de estar descoyuntados de tanto botar durante el accidentado trayecto.

—Voy a ir —dijo Ráchid.

—¿Adónde? —preguntó Howard.

—Mira ahí enfrente —señaló con el dedo, invisible a causa de la oscuridad, en dirección al resplandor de unas hogueras que destacaban sobre la negrura de la noche—, es el destacamento español, *spanish soldiers*.

—¡Oh, sí!, comprendo...

—Esperad aquí, voy a hablar con el jefe —ordenó Ráchid, que echó a andar perdiéndose en la oscuridad que se lo tragó de repente.

El contrabandista español ofreció un cigarrillo a Howard, retrepándose sobre el guardabarros de la camioneta. De vez en cuando, la luna asomaba su cuarto menguante y se podía atisbar algo del paisaje llano y los conos lejanos de las tiendas de campaña, que parecían la ilusión de un campamento indio del lejano Oeste. Luego, de nuevo, la oscuridad.

Vieron encenderse una luz, y Remigio explicó al americano que era Ráchid, que había encendido su linterna para hacerse visible antes de que un centinela le pegara un tiro.

DESTACAMENTO DE CABALLERÍA, MÍDAR MARRUECOS ESPAÑOL

—No te preocupes, Busta —decía Peñafiel—, tendrás tu dinero, todo el dinero y, entonces, serás un hombre rico.

—Tampoco es para tanto —remedó Beltrán—; son cuatro perras gordas.

—Menos da una piedra y, para lo que gana aquí...

—Compraré una casa..., y tierras, cerca de Melilla.

—¿Tierras? ¿Con cien duros? —Beltrán sonreía con disimulo, mientras el capitán le lanzaba miradas cortantes.

—Por ese dinero puede comprar un par de arrobas, ¿no lo sabías?

—Sí, sí —añadió Busta, confiando en la mentira de Peñafiel—, tierra grande, por Sidi Auariach... Tengo familia en Beni Chícar y me ayudarán.

—¿Lo ves? —Peñafiel miró al teniente, que se encogió de hombros, apurando el vaso de vino tinto.

Una voz estentórea dio el alto no lejos de allí.

—¿Ya está de vuelta la patrulla?, ¿qué hora es?

—Las tantas —respondió Beltrán, poniéndose en pie trabajosamente—, pero no creo que sean ellos.

—Mira a ver.

El teniente salió, y Peñafiel se colocó el ceñidor del que pendía su pistolera de cuero negro, haciendo una seña después a Busta.

—¿Nos vamos?

—Sí.

Estaba dispuesto el capitán a ir a casa de Bachir para echar un vistazo y comprobar cuánto había de cierto en la historia que Busta le había contado. Aquel Rafa..., ya contaba con que él no podía hacer mucho por impedirle acercarse a la hija del contrabandista; el piloto no era tonto, y ya habría descubierto el pastel que se traían todos entre manos; sabía, por tanto, que a ninguno le interesaba armar un escándalo, y menos a causa de aquel asunto con la morita.

Peñafiel estaba dispuesto a consentírselo, siempre y cuando fuera discreto y, por supuesto, evitando que Bachir se enterara.

Busta se colocó su *tárbuch* de lana roja y se dispuso a seguir al oficial, cuando Beltrán irrumpió en la tienda desde la noche.

—Capitán, tienes visita.

—¿Visita?

—Ahí fuera está Ráchid, el primo de éste —señaló a Busta—, encañonado por los centinelas y tratando de explicar al cabo de guardia que es amigo tuyo.

—¡Maldita sea...! —se volvió Peñafiel al marroquí, que había empalidecido visiblemente.

—Al parecer —siguió Beltrán, sirviéndose otro vaso de vino—, tienen un problema e iban a su casa; han pasado por aquí para avisarnos.

—Avisarnos, ¿de qué?

—¡Hombre...! Resulta que estamos enviando patrullas por ahí —sonrió el teniente—, y los moros temen a nuestros muchachos, sobre todo sabiendo que tienen armas y que, al menor malentendido... ¡Pum!

—Menos mal... ¿Te ha visto?

—No.

—¿Da su permiso? —se detuvo en la puerta el cabo de guardia—. A sus órdenes, mi capitán. Ahí fuera hay un moro que dice...

—Sí, ya lo sé —se volvió Peñafiel a Busta—. Sal de aquí, por detrás, y ve corriendo a tu casa. Dile a Martínez..., o mejor —se decidió, después de dudar un momento— a Aísa, que le diga a la hija de Bachir lo que pasa, y que ella despida al teniente, será mejor ¿Entendido?

—Claro, *sidi*. Llegaré rápido. *Aalá áinnec*.

—Cabo —se dirigió el capitán al que esperaba, mientras Busta desaparecía en la oscuridad—, déjalo pasar.

—A la orden.

Peñafiel se sentó y soltó un bufido. No tenía más remedio que dar gracias a la suerte de que al contrabandista no se le hubiera ocurrido ir directamente a la casa; si llegan a pillar allí a Martínez..., ¡y con Zahra!

—¡Puf! —soltó un bufido, mirando a Beltrán—. La que se podía haber liado.

MÍDAR, MARRUECOS ESPAÑOL

Busta no notó los dos o tres enganchones de su chilaba con los matorrales espinosos y las chumberas. Después de saltar la tapia baja del recinto, se dirigió con toda rapidez hacia el pueblo. La noche estaba oscura, y resolvió, después de alejarse unos cincuenta metros, torcer a su izquierda para alcanzar la pista de tierra que, con su color más claro y su superficie lisa, le permitiría correr mejor.

La encontró. El sendero arenoso era bien visible, y se empleó a fondo, haciendo chasquear sus babuchas al iniciar un trote más rápido. Entonces, vislumbró algo frente a él.

¡Un coche!

Saltó de lado y cayó sobre la parte de abajo de una chumbera, cuyas hojas gruesas y erizadas de espinas crujieron. Reptó un tanto y se asomó al camino. Allí enfrente, con el cristal del parabrisas brillando tenuemente en la oscuridad, había un camión, y

Busta no tuvo que esforzarse mucho para reconocer la camioneta Chevrolet de su tío Bachir.

Veía puntitos rojos de cigarrillos, pero no le preocupó. Doblado por la cintura y tratando de no respirar violentamente, el marroquí se apartó a un lado y se alejó velozmente hacia el poblado.

FRENTE AL DESTACAMENTO MÍDAR, MARRUECOS ESPAÑOL

—Será un chacal —dijo Remigio—; hay muchos por aquí.

—¿Chacal? —pronunció Howard con dificultad, tirando la colilla del *Chesterfield* y cayendo en la cuenta que el otro se estaría refiriendo al mismo animal cuyo nombre era muy parecido en inglés— ¡Ah, *jackal*!

—Como los coyotes de vuestras películas ¡Bang, bang! Los vaqueros, el sheriff y todo eso; los coyotes, coyotes... ¡Aúuu...!

Howard reía, comprendiendo perfectamente la alusión del español, que también parecía divertirse, a pesar de que apenas podían cruzar una palabra entre ellos sin echar mano de la gesticulación.

—Mira —dijo el español, señalando al frente.

Una linterna comenzó a parpadear en su dirección. Remigio subió al volante, puso el motor en marcha y la Chevrolet rodó por el camino hasta que sus ocupantes percibieron con claridad el fuego encendido frente a la tienda del cuerpo de guardia, a la entrada del destacamento.

Los frenos chirriaron, y Howard estudió, nervioso, las figuras que tenía delante de los faros. Había dos soldados, uno de ellos armado con un fusil; estaban Ráchid y, junto a él, otros dos españoles de uniforme parecido al de los mejicanos que él conocía: tonalidad clara y correajes y cartucheras de cuero negro.

—Esconde la pistola, tú..., que la van a ver, y vamos abajo —le señaló Remigio el revólver colocado sobre el asiento.

Howard le alcanzó cuando el otro ya estrechaba la mano de los dos oficiales, dentro del resplandor de la hoguera que crepitaba.

—Capitán —dijo Ráchid—, este es *míster* Lawson.

—Encantado —dijo el español, apretando la mano de Howard antes que el otro oficial; el piloto masculló algo en inglés.

—Ha tenido problemas con su camión, pasada la meseta, y nos ha pedido ayuda para soldar una ballesta —explicó Ráchid, hablando un español correcto y fluido.

Howard observó al que, según Ráchid, era el capitán. Lucía tres estrellas sobre una galleta prendida en el pecho de su camisa; el otro llevaba sólo dos, por lo que dedujo que sería un teniente de primera clase. El primero era alto, de cabellos morenos, bien peinado y con bigotito a lo Clark Gable; el otro tenía facciones inciertas en la oscuridad.

—Vamos dentro y tomemos algo —invitó el capitán.

—Tenemos prisa —dijo Ráchid, sin parecer demasiado descortés—, este hombre va hacia Argelia y fíjese dónde está —señaló al piloto.

—Vamos, Ráchid... —se quejó Peñafiel—, no me digas que vas a despreciarme una invitación, con lo mirados que sois vosotros para esas cosas.

—Está bien, pero sólo una copita —concedió el marroquí, mirando a Remigio y a Howard, que deseó que a los españoles no se les ocurriera pedirle la documentación.

Pero era inútil negarse, una avería en un camión siempre podía esperar, y por nada del mundo Ráchid querría hacer sospechar a los militares que el contrabando llegaba por aire.

Mientras caminaban hacia el interior del destacamento, Ráchid miró a Howard a su vez, diciéndose que la pelliza de cuero podía pasar, pues era prenda común en el atuendo de los conductores que utilizaban las heladas rutas de Ketama y Xáuen, camino de Tetuán; el resto de sus ropas no eran demasiado llamativas, camisa y pantalones de corte militar, pero sin distintivos que sugirieran su procedencia.

Lamentaba no haber preparado una coartada que exponer si acaso las preguntas se prodigaban; rezando por que ninguno de éstos supiera inglés y pudiera ponerles en un aprieto, se dispuso a soportar la hospitalidad de los militares españoles.

CASA DE BACHIR, MÍDAR MARRUECOS ESPAÑOL

Rafael había vencido su tendencia a subestimarse ante el origen noble de aquella preciosidad llamada Zahra. Ella era, al fin y al cabo, una muchacha como las demás, y había creído descubrir, en el recato de sus gestos, en el pudor de su mirada y en las inflexiones de su voz, un cierto aire de sometimiento que acrecentaba en Rafael una especie de sentimiento dominador; como si el tópico encuentro entre el colonialista y la bella indígena le obligara a ser más audaz.

Cuando, pasada ya más de una hora, la tomó en sus brazos y la besó, notó el agradable abandono de ella y, a partir de ese momento, no fue necesario ya auxiliarse de los signos ni de las sonrisas; la voz de él, segura ahora, acariciaba sus sedosos cabellos al apoyar Zahra la cabeza sobre su pecho y escuchando aquella voz de tonalidades extrañas a través de su misma piel.

Inexplicablemente, Rafael Martínez pensó en Margarita Hidalgo, diciéndose que, si pudiera verle en aquel momento, seguramente se llevaría una amarga impresión. Pero se dio cuenta de que no le importaba lo más mínimo; Margarita no podía resistir la comparación con Zahra y todo el misterio que ésta representaba.

La muchacha dulce y silenciosa que tenía en sus brazos no hablaba de la gloriosa Cruzada de Liberación, ni de la sección femenina, donde esperaba alcanzar un puesto importante; tampoco se refería a las innumerables y sangrientas campañas del Rif donde, indefectiblemente, había estado presente algún miembro de la familia. Rafael estaba seguro de que Zahra también podría haber hablado de todas aquellas guerras oídas contar a sus mayores, pero ella se limitaba a estar allí, junto a él; la otra, en cambio, aprovechaba cualquier conversación trivial para dar su parecer sobre temas de índole política nada interesantes, o describir batallas como la del Ebro o Brunete, donde su hermano Alfonso se había distinguido al frente de su sección de Regulares marroquíes.

Zahra, en cambio, abrió mucho los ojos cuando Rafael le mostró el encendedor de oro de Luis; y rió feliz, entre toses y aspavientos, cuando él le dio a probar uno de los cigarrillos.

Si, un mes antes, Rafael hubiera escuchado una predicción de la escena que ahora protagonizaba, no le hubiera dado ningún crédito; en cambio, todo no era más que una realidad llana, sencilla y hermosa.

Zahra se incorporó un tanto sobre el cestón de mimbre que habían convertido en sofá, y sirvió más té del que Aísa había traído hacía ya..., ¿quién sabía el tiempo que había transcurrido?

Al moverse, la larga y negra mata de cabello de la muchacha cayó sobre su hombro derecho, hasta casi tocar la caja que les servía de mesa; Rafael la asió suavemente y la atrajo hacia él de nuevo; ella se mostró divertida y no se resistió a otro cálido beso más.

Zahra tenía los labios enrojecidos, y el perfume de la loción del español, ligeramente acre, la envolvía. Más de una vez, se había sentido tentada de arrojarle sobre él, empujada por la fuerza de aquella pasión que ahora experimentaba por vez primera y que, siempre, le habían enseñado a dominar. Era a él, a aquel guapo y educado aviador español que murmuraba palabras suaves en su oído, y que sólo había pedido de ella aquellos besos ardientes, al que correspondía llevar la iniciativa.

Y eso, al poco ducho Rafael, le encantaba.

No tenía necesidad ninguna de quemar etapas; no debía mostrar su virilidad ante nadie; iría poco a poco, día a día, acercándose al atractivo enorme de aquella marroquí de dieciséis años, sin que nada interrumpiera, por el momento, su inocente relación. Así era como a él le gustaba, y así sería, sin estridencias, sin prisas alocadas, sin efusiones incontrolables. Se había planteado Martínez su intimidad con Zahra del mismo modo que, en la Academia del Aire, le enseñaron a acercarse, mental y físicamente, a su primer avión; con ganas, pero con respeto; con curiosidad, pero con mente fría.

Y no dudaba que el éxito más rotundo coronaría sus planes, y el premio sería gozar del amor eterno de aquella que, apenas una semana antes, era una completa desconocida.

Oyeron ruidos en la cerradura; los goznes de la puerta chirriaron y sonaron pasos apresurados de pies descalzos. Aísa hizo acto de presencia, con una sonrisa, antes de que ellos deshicieran el abrazo. Rafael se apartó, con cara hosca, notando cómo Zahra enrojecía y la otra aprovechaba para mirarle a él de arriba a abajo con cara de experta. Luego, se arrodilló junto a la hija de Bachir y empezó a susurrar palabras en su extraña lengua.

Martínez notó el cambio en la expresión de Zahra e intuyó algo, apartando los ojos del profundo escote de Aísa cuando ésta se volvió hacia él.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Martínez.

—Viene Ráchid y otros hombres.

—¿Bachir?

—No, sólo Ráchid y Remigio, pero tienes que irte; ellos vendrán aquí, a este almacén.

—¿Están cerca? —dijo, con un poco de aprensión.

—No, en el campamento de los soldados; el capitán se encargará de que lleguen tarde.

Rafael echó un vistazo alrededor y supo calibrar el tremendo valor de cualquiera de las incontables cajas que allí había, una vez introducidas en el mercado negro. No pasó por alto lo que Aísa dijera sobre Peñafiel, pero no quiso saber cómo sabía éste

que ellos dos estaban allí. Hasta entonces, no había querido ver lo que era tan evidente: que Peñafiel estaba metido hasta el cuello en aquel asunto. De cualquier modo, una parte de su moral se sustraía a censurar el comportamiento del otro militar, agradeciéndole infinito el haber hecho posible que Zahra y él se conocieran. Aunque no sabía si, en realidad, darle las gracias tan solo al avión que pilotaba aquella tarde y a lo que consideró inoportuna avería.

—¿Dónde está mi amigo? —preguntó, buscando su guerrera y su corbata, medio ocultas tras un enorme arcón.

—Arriba —señaló Aísa con los ojos—, durmiendo —hizo la rifeña un mohín despectivo—. No es como tú.

—Vamos a verle —Rafael la instó, sujetándola por el brazo sin demasiada brusquedad, esperando a que ella saliera delante.

Aísa, sin embargo, se soltó y le hizo señas de que esperara junto a Zahra, cerca de la puerta del almacén.

—Yo le traeré.

Cuando se quedaron a solas de nuevo, Rafael supo leer el miedo en los ojos de Zahra.

—No te preocupes —trató de calmarla sin saber si le entendía del todo—, no te va a ocurrir nada; nadie nos verá, ¿entiendes?

Ella dijo que sí con la cabeza, y le tomó una mano, guiándole hasta el patio posterior y deteniéndose junto a la puerta pequeña por la que habían entrado. Luego, Zahra le echó los brazos al cuello, de improviso, y le besó con más fuerza que anteriormente. Rafael Martínez notó cómo el cuerpo flexible y joven de la muchacha se pegaba al suyo, y la asió por la cintura para acariciar sin recato sus curvas a través de la suave tela de la túnica azul celeste.

—¿Estarán aquí mucho tiempo? —preguntó él, acometido repentinamente de un deseo febril de quedarse allí.

Ella le miró, jadeante y con las pupilas dilatadas, sin contestar. Rafael iba a decirle algo íntimo, cuando oyó los pasos que se acercaban y la voz de Luis, que murmuraba mientras terminaba de abrocharse los pantalones.

—Vámonos rápido, Rafa.

—Ya, hombre, no seas impaciente.

—Nos van a cortar lo que yo sé como nos cojan aquí —dijo el otro, asiendo a Aísa por la cintura y atrayéndola fuertemente hacia sí—. Y eso que me hubiera gustado despedirme de otra forma.

—Oye... —dudó Rafael, dirigiéndose a Aísa—, ¿no hay un sitio donde escondernos hasta que se vayan?

—¿Pero qué dices? —saltó Luis—. Mira la hora que es y, además, mañana tienes que volar a primera hora.

—Es verdad —lo había olvidado por completo.

Rafael besó a Zahra y se dirigió hacia la puerta, viendo cómo Quintana palmeaba el trasero de Aísa y le seguía.

—Hasta mañana —dijo Rafael, ya desde la oscuridad del campo.

—Si es que no nos cogen y nos entierran vivos —comentó el otro, riendo.

Al final de su agitada y furtiva carrera, entrevieron las primeras casas de Mídar en la oscuridad, oyendo ladrar perros por todos lados y creyendo ver incontables ojos acechando tras los ventanucos de las casas.

Llegaron al Mercedes y subieron en él, arrojando Rafael su guerrera en el asiento trasero, escamoteable dentro del portamaletas, mientras que su compañero ponía en marcha el motor y arrancaba para salir de allí.

Iban a entrar en la carretera general, cuando vieron las luces de otro vehículo que entraba en el poblado. Luis frenó y dejó pasar a la camioneta Chevrolet cargada con varias figuras, que rodó frente a sus faros y, ante los ojos atónitos de ellos dos, giraba y enfilaba la subida a la casa de Bachir.

—¡Uf! —soltó Luis—. Por los pelos.

—Son ya más de la una —comentó Rafael, ahogando un bostezo—. Tengo muy poco tiempo para dormir.

—Chico... —rió el otro, mientras conducía camino de Villa Nador, distante algo más de setenta kilómetros—, yo sería capaz de estarme una semana sin pegar un ojo con tal de repetir la experiencia ¡No te imaginas! ¡Tres, Dios bendito, tres a la vez!

—¡¿Tres?! —Rafael se volvió de cara al que conducía, sin llegar a entender del todo— ¿Has estado con las tres a la vez?

El otro asintió, en medio de la ventolera de la marcha del descapotable, y Rafael supo que era cierto. Deseó Luis que Quintana no quisiera indagar sobre él y Zahra; iba a ser difícil explicarle el inmenso placer que había experimentado con sólo besarla y estar junto a ella. No lo comprendería.

—¿Estás dispuesto a volver mañana? —le preguntó de repente.

—Rafa... —Luis llevaba el volante cogido con ambas manos, y movía la cabeza de un lado a otro—, una palabra más y doy la vuelta ahora mismo ¡Aunque después nos asaran vivos!

CAPÍTULO NUEVE

CASA DE BACHIR, MÍDAR MARRUECOS ESPAÑOL

Howard se despertó sobresaltado, abrió los ojos y los fijó en el candil de petróleo que silbaba cerca de su cabeza, iluminando la habitación. Miró el reloj y se preguntó dónde estaba; le dolía la cabeza, abotagada tras haberse rendido, por fin, al sueño y al cansancio.

El brandy de aquel capitán de Caballería tenía la culpa. Parecía que les había querido demorar deliberadamente; y lo había conseguido. Entre copa y copa, cháchara y risas, los minutos habían ido transcurriendo a la par que aumentaba el desasosiego del piloto americano, cada vez más concienciado de su incómoda —por llamarla de alguna manera— situación.

Se había sentido terriblemente mal mientras duró aquel intercambio de demostraciones de buena educación; por un lado, los militares se desvivían por ofrecer a sus invitados bebidas y algún que otro bocado apropiado a aquellas horas, mientras que ellos tres, Ráchid, Remigio y Howard, habían hecho lo imposible por aparentar agradecimiento y despreocupación por el retraso.

Habían perdido allí más de una hora, y cuando ya Howard estaba más que intranquilo por las miradas que los dos oficiales españoles dirigían a su indumentaria, Ráchid consiguió poner fin a la reunión.

Una vez en casa de Bachir, fue Remigio el que se dio cuenta del estado en el que se encontraba el piloto, y decidieron, después de una primera negativa de éste, señalarle una habitación para que echara una cabezada mientras que ellos soldaban el tubo y enderezaban la llanta a golpe de martillo.

Howard parpadeó una vez más para despertarse del todo; estaba tendido sobre una estera, con un cojín como almohada y, junto a él, una mesita baja mostraba una bandeja llena de dátiles, almendras y otros frutos secos. Algo se movió en la penumbra y Howard se alarmó.

La sombra que avanzaba desde la oscuridad cobró la forma de una preciosidad de dieciséis o diecisiete años, a la que había estado mirando, completamente embobado, mientras Remigio y Ráchid le explicaban los pasos a seguir para reparar el aterrizador. Era la hija de Bachir, que había estado presente durante un rato y supo añadir, a pesar de su silencio respetuoso de mujer musulmana, un cierto encanto a aquella situación de por sí imprevista y, para el americano, peligrosa.

—Hola —murmuró él, y la lengua se le pegó al paladar, recordándole las cuatro o cinco copas de licor.

La muchacha le sonrió con dulzura y salió de la habitación, mientras que el piloto, incorporado ya del todo, aprovechó para calmar su estómago castigado comiendo media docena de dátiles y algunos higos secos que devolvieron un tanto el equilibrio de su interior, atormentado y agredido por la resaca.

Eran ya las tres de la mañana, y la conciencia de que faltaban escasamente tres horas para que amaneciera le impulsó a levantarse. Buscó sus botas y se abotonó la camisa; tuvo un instante de pánico al no ver su revólver por ningún lado, pero lo descubrió, dentro de su funda, medio oculto por el cojín que le había servido de

cabezal. Terminó de vestirse abrochándose el cinturón del que pendía la pesada arma y colocándose la cazadora que la ocultaba a las miradas indiscretas.

En ese momento, apareció Ráchid, seguido de la chica y de otra mujer.

—¿Qué, descansado? —preguntó el marroquí.

—Sí, mucho; estoy como nuevo —mintió—, ¿cómo va el trabajo?

—Ya hemos terminado; la soldadura está enfriándose y el neumático está listo.

Hemos quemado el viejo —dijo la última frase en español.

—¿Quemado...? —Howard no comprendió.

—*Fire to old tyre.*

—¡Ah!, perfecto.

Ráchid salió, y Howard, antes de echar a andar tras de él, se volvió un instante hacia la joven marroquí de bellas facciones.

—Gracias por la comida —dijo él, en inglés.

Seguramente no le entendió, pero le respondió con un ademán y volvió a sonreír, y el piloto, temeroso de no encontrar el camino, se apresuró en seguir al contrabandista escaleras abajo.

PALMS FIELD, BÉCHAR ARGELIA FRANCESA

En Argel, tardaron en sacar de la cama de Bob Drake y, cuando se puso al teléfono, Harry se dirigió a él como si tuviera la culpa de todo, aunque siempre podía achacarse su tono de voz al mal estado de las líneas.

—¡Bob! ¡Date una vuelta sobre la ruta de *Lizzie* cuando vengas de regreso!

—...

—¡Ya he llamado a Fez para modificar tu plan de vuelo!

—...

—¿Y yo qué sé?! ¡Estará sin radio o sin combustible en algún punto de la ruta... —arriesgó una explicación más o menos verosímil—, pero, por si acaso, acércate lo más que puedas a la frontera española, ¿entendido?! —

—...

Harry colgó, volviéndose a los otros, cuyo número se había ido reduciendo a lo largo de la noche. Claire se encogió de hombros y disimuló a las mil maravillas la tremenda ansiedad que sentía.

—No se puede hacer más —gruñó Dover—. De todas formas, estableced un turno en la radio —se dirigió a Reed y a Herbert—; que os echen una mano los demás. Y tú, *torero*, vete a dormir.

En silencio, fueron saliendo del reducido recinto de la radio, que olía a humo, a nervios y a sueño. A excepción de Claire, que mantenía una secreta esperanza oculta, todos los demás abandonaron la estancia convencidos de que al *Lysander* —y a Howard— le había ocurrido algo grave.

BENI TUSIN, MARRUECOS ESPAÑOL

Howard no se había lavado la cara y tenía la vista algo borrosa, pero el tiempo que estuvo durmiendo le había hecho un gran bien. Se sentía descansado, y el té fuerte

que tomó antes de salir de la casa de Bachir le había infundido ánimos, amortiguando la resaca.

La Chevrolet saltaba y se bamboleaba a lo largo de la accidentada ruta de vuelta a *Phantom Field*, con el inconveniente de tener que subir todo lo que, antes, había sido cuesta abajo, y espantando a la mitad de la fauna de la comarca con el rugido del motor.

Remigio González no había dormido en toda la noche; se mantenía despierto a fuerza de cigarrillos, y seguía atento a sujetar con el pie la palanca de cambios, mientras que Ráchid conducía como un poseso por entre los barrancos y terraplenes de aquel trayecto suicida.

Cuando ya se podía intuir por el Este la progresiva claridad rosada que empañaba las estrellas, llegaron al claro y se detuvieron junto a la sombra oscura del *Lysander*, mientras los hombres que habían estado esperando allí se desperezaban y acudían junto al vehículo, recalentado por la ascensión inacabable.

—Hay que darse prisa —dijo Ráchid—, queda poco para que amanezca.

Remigio miró su reloj, señaló a algunos hombres y mandó descargar el neumático negro recién montado sobre el disco de la rueda. Otros tres hombres levantaron la lona en la que iba envuelto todo el conjunto del tren trasero y lo arrimaron a la cola del avión. Se encendieron las linternas y los candiles de petróleo, preparándose todos para poner manos a la obra.

El mismo Howard se encaramó hasta la cabina trasera y se introdujo dentro del fuselaje para hacer la parte más delicada del trabajo interior. Allí dentro, echado sobre el vientre en el que se clavaban las costillas de duraluminio, pensó en los de Béchar, y se dijo que era ya tarde para preocuparse por ellos; debían de estar desquiciados.

Oyó un par de palmadas sobre el revestimiento y respondió en voz alta.

—¡*All ready!*

Dirigió su linterna hacia el agujero y vio aparecer la parte superior del vástago, que dirigió con suavidad hasta que los de abajo hicieron la fuerza suficiente para encajarlo en su alojamiento. Después, Howard alumbró la caja de cartón que tenía a su lado, llena de pasadores, tuercas y arandelas.

Ahora, se dijo, *sólo* hay que poner todo esto en su lugar.

Eran las 04.55 horas; faltaban escasamente noventa minutos para que saliera el sol.

BASE AÉREA DE *TAUIMA*, NADOR MARRUECOS ESPAÑOL

Rafael Martínez no recordaba haber dormido, agitado por el torbellino que se había buscado un hueco en su cabeza y amenazaba con volverle loco de amor. Fue dando tumbos hasta el lavabo y se miró al espejo, pero sólo para ver una cara desencajada y con ojeras.

Mira lo que hace la falta de sueño y la vida disoluta, se dijo, mientras se lavaba a fondo y se vestía.

Estaba alegre y cansado, feliz y abatido, esto último al haber podido comprobar lo lejos que algunos podían llegar con tal de poder llevar una vida regalada y disponer de ingresos que aseguraran el futuro; y no les importaba siquiera comprometer el uniforme. No se sorprendió, no obstante, al darse cuenta de que no sentía aversión

ninguna hacia Peñafiel y Beltrán, y supo que el grato sentimiento que acompañaba a todo lo relacionado con Zahra ocultaba lo demás bajo una capa de tolerancia.

De cualquier modo, reconocía que el contrabando era un mal endémico que amenazaba con destruir los pilares de la patria; había que combatirlo a toda costa, no alentarlos; aunque..., ¿qué daño podían hacer unos cuantos artículos metidos de matute para arrojar escasas ganancias a los interesados?

Además, si ello daba ocasión para que los desafortunados integrantes de los destacamentos vivieran mejor...

Se miró al espejo de nuevo, después de peinado, y estuvo de acuerdo con su madre sobre las virtudes de un buen aseo matutino: parecía otro.

Su madre..., ¿qué pensaría ella de lo de Zahra?

Salió al exterior y se estremeció bajo el frío de la madrugada que el mono de vuelo no acababa de impedir que le afectara. El cielo, por el Este, comenzaba a clarear, pero todas las instalaciones de la base continuaban sumidas en la oscuridad, excepto el faro rotativo de la torre de control y las cocinas, lo que le recordó la necesidad de un abundante desayuno. Hacia la parte de hangares, el piloto pudo adivinar el movimiento de la propia tripulación de tierra del FIAT CR-32 que le tocaba pilotar aquel día.

PHANTOM FIELD, BENI TUSIN **MARRUECOS ESPAÑOL**

Todo estaba listo..., o casi. La rueda de cola sostenía de nuevo la parte posterior del destartado *Lysander*, y Remigio daba los últimos apretones a las extrañas tuercas de la rueda izquierda. El avión descansaba ahora sobre el terreno sin ayuda de gatos ni soportes.

Howard se aproximó al contrabandista español, al ver que éste se hacía un lío con la placa abombada que cerraba el carenado de la rueda. El piloto le ayudó, notando los brazos flojos después de haber colocado y apretado todas las sujeciones del aterrizador trasero.

—Eso es todo —dijo, al situar la chapa de aluminio y girar los tornillos de cuarto de vuelta.

—Sí —Ráchid miró al cielo, donde las estrellas anunciaban un amanecer espléndido, aunque el viento del Suroeste empujaba algunas nubes delgadas, que ocultaban la fina tajada de la luna a punto de ponerse—. Es tarde.

Howard vio, con gesto aprobador, cómo un hombre quitaba la escarcha del parabrisas, y volvió a mirar al marroquí.

—Hombre..., no creo que esté a punto de llegar la policía —sonrió, apretando las manos en su despedida—. Gracias por todo.

—Buen viaje —le dijo Remigio, mientras el americano trepaba hasta la alta cabina.

Poco después, el *Lysander*, descargado, corrió veloz por entre los matorrales y las piedrecillas mientras sus alas tomaban sustentación, y Howard lo hacía despegar dejando tras de sí una nube de polvo marrón.

El piloto ajustó el compensador y el paso de la hélice para que el avión siguiera subiendo, y controló el ajuste fino de la mezcla y el encendido del motor *Mercury* para que efectuara su trabajo con comodidad. Dijo adiós mentalmente a *Phantom field*, y

pensó que había tenido mucha suerte al no haberse dejado allí la piel en su primer aterrizaje.

Frente al parabrisas, lejos hacia el Sur, las cumbres Asrú Achar y Asrú Uchuán jalonaban la ruta, haciendo la luz del día innecesario tener que consultar las lecturas al radiofaro pirata; mientras, bajo sus ruedas, el sol comenzaba a jugar con los claros y las sombras para hacer aparecer el terreno como una vieja colcha arrugada.

BASE AÉREA DE *TAUIMA*, NADOR

Estaba saliendo el sol sobre Mar Chica cuando Rafael Martínez hizo despegar su caza sobre las aguas tranquilas de la albufera, que casi llegaban a lamer el extremo oriental de la pista de aterrizaje. Feliz al pensar que los vuelos en aquel magnífico, pero desfasado, avión iban a dar paso en breve a las prácticas sobre los He-112B, viró pausadamente sobre la restinga, el brazo de arena que separaba la laguna del mar Mediterráneo, y continuó tomando altura en dirección Norte.

A su izquierda, los hidroaviones de la base de Atalayón parecían una bandada de gaviotas posadas sobre las calmadas aguas. Siguió ascendiendo sobre Melilla y el piloto pudo comprobar que, como en todos los lugares del mundo, una gran parte de los habitantes de la ciudad norteafricana dormía a aquellas horas tan tempranas; las calles estaban casi desiertas, y el único movimiento apreciable lo constituían los barcos de pesca que regresaban al puerto, y los soldados que, como hormigas, se movían por el interior de los numerosos cuarteles.

Martínez se sintió un poco culpable por turbar el descanso de los melillenses al atronar el amanecer con el rugido de su motor, y procuró alejarse lo antes posible sobrevolando la falda Norte del monte Gurugú. Dando la cola al sol que incendiaba al Mediterráneo, alcanzó una altitud de mil doscientos metros y trató de despejar su mente en el fresco de las alturas, para poder absorber por completo la belleza del vuelo a aquella hora de mágica luz dorada.

Volando recto hacia el Oeste, sobre la costa, su vista recorrió los llanos del territorio del Kert y se detuvo en la mancha blanca que el pueblo de Mídar formaba sobre la tierra rojiza. Allí estaba Zahra, seguramente durmiendo aún, y recordó, con contrariedad, que al tener Luis servicio aquella tarde no podrían ir ninguno de los dos a casa de Bachir; y Rafael no había querido insinuar siquiera que el otro le dejara el coche.

De cualquier modo, un día no era demasiado tiempo, y menos sabiendo que, al siguiente, la volvería a ver.

Animado con la idea, decidió dar una pasada sobre la casa cuando iniciara el vuelo de regreso a *Tauima*; a lo mejor hasta podría verla si a ella se le ocurría subir a la azotea.

Volviendo su atención al vuelo, completó los dos rizados que marcaba el programa de entrenamiento, junto con dos toneles lentos, uno a cada lado, antes de la subida hasta alcanzar de nuevo la altitud original para seguir con las maniobras prescritas en el programa de instrucción.

Mídar ya quedaba a su izquierda, en dirección Sur, y Martínez volvió la vista al frente y se puso a buscar referencias para efectuar un *ocho perezoso* que deseaba preparar bien, a pesar de que no figuraba en las acrobacias de aquel día.

Entonces vio la polvareda y, en aquella zona alta de los montes de Beni Tusin, le llamó poderosamente la atención la nube parda que ascendía las faldas del *yebel* Karn empujada por el viento.

Niveló su aparato y buscó por todos lados, hasta que, brillante por la luz del sol que incidía sobre las alas y el fuselaje, vio al otro avión que tomaba altura.

Su mente, inevitablemente, asoció aquel despegue desde un campo perdido con el contrabando que infestaba la zona; Bachir, Peñafiel y, por supuesto, Zahra, aparecieron en rápida sucesión, mientras que el piloto hacía virar su caza hacia aquel otro aparato rojo y blanco, decidido a investigarlo de cerca.

SOBRE EL YEBEL KÉCHKECH

Después de tantas tribulaciones y peripecias, Howard se sentía a salvo y maravillosamente bien, aunque parte de la culpa la tenía la euforia que había metido en sus venas aquel té rabioso con que le había despedido la guapa hija de Bachir. A pesar de todo, tuvo que acudir al café frío que llevaba en la cantimplora para prevenir el sueño que, inevitablemente, llegaría después que desapareciera el efecto de la infusión.

Había escuchado demasiadas historias sobre tripulantes de bombarderos que, una vez pasada la brutal tensión de aproximarse al objetivo y soltar las bombas entre disparos de los antiaéreos, se habían dormido durante el regreso a la base, a consecuencia del relax increíble que se había apoderado de ellos una vez pasado el peligro. Howard sospechaba que otros muchos no estaban vivos para contarlo, y él no estaba dispuesto a caer en la tentación de Morfeo ahora que todo había pasado.

Vio que el altímetro rebasaba los mil seiscientos metros y continuaba con su ascenso para salvar con holgura los 1.613 del *Kéchkech*, que se alzaba enfrente y algo a la izquierda. El sol pegaba con fuerza en el plexiglás del lado izquierdo de la cabina, y el calorcillo era agradable, aunque no podía ver nada en esa dirección.

SOBRE BENI TUSIN, MARRUECOS ESPAÑOL

El FIAT brincó como un delfín al ser sacudido por el chorro de aire de la hélice del avión no identificado, y el teniente Martínez se situó detrás y por debajo del otro, sabiendo que el piloto de éste no se había apercebido de su llegada, por lo que disponía así de tiempo para hacer un examen de aquel monoplano que olía a contrabando por todos sus remaches.

No lo conocía; debía de ser uno de aquellos Curtiss o Boeing feotes de motor en estrella, pero, lo que más le llamaba la atención era que, en grandes caracteres negros sobre el fuselaje, la matrícula *EC-AGS* y la bandera nacional en la cola indicaban a las claras que aquel avión era español; un avión de propiedad particular, por supuesto.

Pintado en rojo sangre por debajo y en blanco por arriba, el aparato destacaba brillantemente sobre el agradable azul del cielo, y Martínez fue aproximándose más y más hasta situarse a menos de diez metros de distancia y algo abajo de su cola.

Mientras observaba el vuelo majestuoso de aquel aparato de largas alas, Rafael maldijo en silencio la terrible penuria de medios por la que atravesaba la Aviación española, cuya consecuencia más inmediata era la falta de emisoras de radio que, por

la escasez de algunos repuestos o el elevado precio de sus componentes, se convertían en trastos inútiles que, dado su peso, era preferible desmontar.

De tener una radio, Martínez hubiera conocido de inmediato si aquel aparato tenía plan de vuelo registrado en algún sitio; aunque, después de presenciar el despegue desde aquel claro entre los cerros, apenas si le quedaba alguna duda.

Se desplazó de lado y, dando gas ligeramente, tomó altura y se situó junto al extremo del ala izquierda del otro avión.

SOBRE TALAMAGAIT

Howard sufrió un sobresalto que casi le paraliza en corazón. Se había quedado sin respiración al ver aparecer, junto a su ala, a aquel avión fantasma que se había aproximado tan de puntillas.

Desde el primer momento, supo que se trataba de un aparato español, si bien no era ninguno de los modelos que Ibarra le había mostrado en los diagramas, sino un biplano plateado con toda la pinta de ser un diseño italiano anterior a la guerra. Volaba a la par que él, balanceando las alas ligeramente; el piloto no dejaba de mirar en su dirección, impassible tras las gafas y el casco de vuelo, y su bufanda amarilla revoloteaba fuera de la carlinga, como en aquellas viejas imágenes de películas de la primera guerra mundial.

Sin saber ambos que habían estado a pocos metros de distancia la noche anterior, y mucho menos que se habían acercado los dos a menos de un metro de la hija de Bachir, siguieron observándose mutuamente durante algo más de medio minuto. Luego, el americano, rígido y envarado, alzó un brazo y lo agitó para responder al gesto del español, que parecía un saludo.

Howard no conocía las intenciones del otro, por lo que mantuvo el curso y los 120 nudos de velocidad indicada para el ascenso del *Lysander*, volviendo de cuando en cuando la cabeza hacia el otro, que seguía allí, haciendo brillar el arco de su hélice a menos de diez metros de la punta del ala.

Tuvo la tentación de llamar por radio a *Palms Field*, ahora que su altitud era ya adecuada para ello, pero se contuvo al pensar que el otro podía oír también el mensaje.

Resopló al desistir de su idea, y siguió vigilando el tablero de instrumentos y al caza que le acompañaba. No estaba excesivamente preocupado; el otro no mostraba intenciones agresivas y, además, Howard le calculaba a aquel trasto español una buena maniobrabilidad, como todos los biplanos, pero estaba seguro de que no era capaz de sobrepasar los trescientos kilómetros por hora, ya que se mantenía a duras penas junto al *Lizzie* en pleno ascenso.

SOBRE EL YEBEL ASRÚ UCHUÁN

Martínez estaba indignado ¿Cómo era posible que aquel tipo tuviera la desfachatez de cruzar el espacio aéreo español, a pleno día, para efectuar sus transportes ilegales? ¿Y cómo eran capaces de aterrizar en el mismo territorio español?

Para colmo, el piloto de aquella extraña máquina roja y blanca le devolvía sus señales con una total despreocupación.

Consciente de su obligación, y actuando como cabría esperar de un piloto militar español, aumentó la potencia y se colocó por delante del otro aparato, a unos cincuenta metros; agitó las alas para llamar su atención y señaló con el brazo en dirección Este, girando el avión hacia ese punto y esperando que el otro le siguiera.

SOBRE EL ASRÚ UCHUÁN

Howard se dio cuenta de las intenciones del español, y mantuvo el régimen de ascenso hasta sobrepasar los mil ochocientos metros, sin hacer el menor caso de la presencia del otro y de sus indicaciones. Si tenía que escapar, necesitaría toda la potencia y velocidad del *Lysander*, y esta última era máxima entre los dos mil y los cuatro mil quinientos metros.

Con razón escogían, en *Air Touareg*, a ex-pilotos de caza para aquella ocupación; ya se veía maniobrando como un loco para hurtarse al fuego de las ametralladoras de su acompañante; aunque, por el momento, no se mostrara demasiado agresivo.

Sin perder de vista al caza, por si decidía por fin emprenderla a tiros con él, el americano calculó que le restaban menos de dos minutos para alcanzar la frontera francesa, y esperó, viendo la vanguardia de un pequeño frente nuboso que se apoyaba en la cumbre del *yebel* Asrú Aksar, situado a siete u ocho kilómetros por su derecha. Sabiendo por el mapa que la altura del monte era de poco más de dos mil metros, estuvo seguro de que el banco de nubes estaba a su alcance por si venían mal dadas las cosas. Por lo pronto, olvidándose de la ruta más corta a Béchar, desvió su curso un poco hacia el Sur, para estar más cerca de su posible salvación.

SOBRE LA FRONTERA

Martínez ya estaba seguro: aquel avión tenía que ser un contrabandista que se negaba a obedecerle y trataba de escapar; y era frustrante estar interceptando a un avión y no llevar a bordo ni un mal cartucho de ametralladora, por culpa de la jodida costumbre de ahorrar peso y consumo prescindiendo de las municiones. Llegaría un momento en que hasta desmontarían las armas para volar más ligeros y gastar menos gasolina.

No obstante, aquel delincuente no iba a salirse con la suya; si era necesario, le destrozaría la cola con el tren de aterrizaje.

Completó el giro en redondo y acudió sobre el *Lysander* desde atrás y arriba, aproximándose lentamente y amenazando la estructura de la deriva con los voluminosos carenados de sus ruedas.

SOBRE LA FRONTERA

Había alcanzado ya los dos mil trescientos metros, y podía ver al caza español muy cerca de él. Retorciéndose en su asiento, Howard vislumbraba, a través del panel superior transparente, las ahora claras intenciones homicidas de aquel loco, y se dijo que tenía que escapar como fuera.

Nivelando el vuelo del *Lysander*, el piloto norteamericano manipuló el control de paso de la hélice, colocándola en el más grueso, y vio como, instantáneamente, la aguja del velocímetro ascendía en su escala hasta alcanzar los trescientos cincuenta

kilómetros por hora, a la vez que un tirón lateral de la palanca le llevó a variar el rumbo bruscamente.

Ahora, abrirá fuego...

SOBRE LA FRONTERA

Martínez pensó primero en un fallo del motor, pero un vistazo rápido —y preocupado— al tablero le reveló que todo estaba en orden; lo que ocurría era que aquel mal nacido había dejado de subir y volaba ahora más deprisa.

Adelantó la palanca del gas y persiguió al contrabandista, debiendo picar ligeramente para alcanzar los trescientos setenta por hora y, así, colocarse peligrosamente cerca del otro, por encima y a la misma velocidad.

SOBRE EL YEBEL KÁRUM

Aquel tipo estaba decidido a destrozarle el avión.

Howard vio los neumáticos del caza español a unos cinco o seis metros sobre su cabeza, y se dijo que tenía que alejarse antes de que la temeridad del otro provocara una colisión. Inclinando la nariz del *Lysander* hacia abajo, y con el motor casi a toda potencia, rozó los cuatrocientos kilómetros por hora, efectuó un giro casi a la vertical y se dirigió directamente hacia el frente nuboso, tal y como le enseñaran a hacer en el caso de que un tenaz perseguidor enemigo le obligara a romper el contacto.

SOBRE EL YEBEL KÁRUM

A Rafael Martínez, la brusca maniobra del otro le desconcertó durante unos breves segundos, sobre todo por que no le había calculado al chato y achaparrado aparato contrabandista tanta velocidad y capacidad de maniobra. Respondió con rapidez, puso las alas del FIAT a la vertical y picó en persecución del otro, pero, apenas transcurrido medio minuto, el avión rojo y blanco se zambulló entre las nubes, desapareciendo de su vista.

—¡¡Así te estrelles contra un monte antes de ver el suelo!! —bramó Rafael al huracán de su propia hélice.

No obstante, a pesar de su furia y su frustración, Martínez se sintió parcialmente satisfecho al girar y poner proa a *Tauima*; había anotado la matrícula del contrabandista y, con total seguridad, aquel maldito hijo de mala madre no volvería a tomar tierra impunemente en un aeródromo español.

DESTACAMENTO DE CABALLERÍA

MÍDAR, MARRUECOS ESPAÑOL

El capitán Peñafiel sonrió al pensar en la aventura de la noche anterior; menuda carrera se habría tenido que dar Busta para llegar, antes que Ráchid y Remigio, a la casa de Bachir.

Asió las riendas del caballo, puso el pie en estribo y montó sobre la silla. Arreó al animal y éste salió del destacamento, disfrutando del aire claro y la paz solitaria de la llanura del Garet.

Al poco rato, distinguió las huellas de neumáticos impresos sobre la pista arenosa, y las estudió para conocerlas mejor y poder diferenciarlas del resto. Luego, con el caballo al paso y las riendas flojas, siguió hacia el poblado de Mídar.

El cuento de Ráchid sobre el camionero extranjero le dejó frío; sólo había que estudiar durante un instante a aquel hombre para darse cuenta de que hacía meses que no se acercaba a un camión; y cuando, al quitarse la zamarra de cuero, dejó al descubierto las sombras de los galones sobre la tela de las mangas de su camisa, la mente del capitán comenzó a trabajar.

Llegó a Mídar con el caballo al paso, y desechó las rodadas que subían hacia la casa de Bachir, esforzándose un poco para distinguir las entre las otras que surcaban las calles del pueblo. Al salir de él, en dirección a Dríuch, las volvió a ver con claridad, marcadas como trazos blanquecinos sobre el asfalto que allí comenzaba. Detuvo el paso del caballo y las siguió con la vista hasta que se desviaron hacia Tafersit. Peñafiel azuzó al animal y continuó con su paseo, alejándose de la carretera y tomando ya la dirección de los montes del Norte.

La cara del extranjero estaba perfectamente rasurada, y eso era impensable en un conductor de camión que siguiera la ruta de Ketama, procedente de Tetuán o Tánger, como le habían querido hacer creer, y de donde habría tenido que salir, al menos, doce horas antes.

Hacía poco que se habían extinguido en el aire los rumores de motores de aviación, lejanos, y en el silencio del campo, las pisadas del caballo sonaban como el compás arrítmico de un reloj gigantesco. Con mucha calma, Peñafiel continuó disfrutando de la mañana y diciendo palabras agradables a su alazán, manteniendo la marcha cada vez más hacia el Noroeste y, siempre, en seguimiento de las huellas claras de la camioneta Chevrolet de los contrabandistas.

PALMS FIELD, BÉCHAR

ARGELIA FRANCESA

Cuando Howard tomó tierra en el aeródromo, lo que parecía ser una gran muchedumbre estaba congregada en la rampa de carga, junto al DC-3 de la ruta de Dákar.

El piloto maniobró hacia allí y, una vez detenido el avión, con los calzos puestos, el motor parado y hechas las oportunas anotaciones en el libro de vuelo, descendió hasta el suelo y se echó a la cara a un Harry Dover serio y con pinta de querer despedazar a alguien.

Claire, desde una distancia prudencial, agitó la mano para saludarle.

—Buenos días —fue lo primero que le salió.

—Buenos días —el tono de Harry era, pese a todo, calmado, *demasiado* calmado para las circunstancias concurrentes— ¿Se puede saber qué te ha ocurrido, hijo?

—Pues... —Howard se aclaró la garganta—, ya se lo he adelantado por radio; tuve un mal aterrizaje en *Phantom*; había demasiado viento, un neumático reventó y...

—No me digas que toda esta demora ha sido a causa de un neumático —Harry se volvió a Reed, que también estaba presente—. Llama a Bob de nuevo y recuérdale que se ha suspendido la alarma; no me extrañaría que ese escocés despistado siguiera el plan de vuelo y llegara también con retraso.

—Ya está avisado, jefe —repuso el radio operador.

—¡Ya sé que está avisado! —saltó Harry—. Te digo que *le recuerdes*... —no siguió, al ver el apresurado gesto de asentimiento del otro y, volviéndose de nuevo a Howard, esperó su respuesta.

—Bueno..., tuve una rotura en el vástago principal de la rueda de cola.

—¿Una rotura? —el rostro arrugado de Harry se convirtió en una máscara, y su voz comenzó a escalar octavas— ¿Qué haces tú con los aviones, los aterrizas o los estrellas contra el suelo?

—Ya ha dicho que había viento transversal —intervino Ibarra, que acudió presuroso a examinar la rueda de cola, acompañado de Humberton, uno de los mecánicos.

—¡Ni viento ni porras! —rugió el jefe de operaciones—. Ernie ha estado volando en condiciones mucho peores y jamás ha tenido una avería; ni siquiera ese acojonado de Dick...

—Gracias —se oyó decir a Ibarra, tumbado bajo el cono de cola del *Lysander*— ¿Cómo se ha portado? —preguntó, saliendo de debajo del avión y acariciando uno de los desgarrones del fuselaje.

—Maravillosamente bien —admitió Howard—; de no ser por ese desmesurado peso en la cola...

—¿Verdad que es una maravilla? —comentó Ibarra, sin escatimar miradas de auténtico amor hacia el avión.

—¡Y que lo digas...! —Howard se quitó el casco y, soltando el cinturón con la pistolera, se lo colgó al hombro—. Si hasta he podido zafarme de un caza español que me persiguió.

Sus palabras acabaron en medio de un silencio general en el que los ojos de todos se posaron sobre él.

—¿Qué?!

—¿Qué has dicho?!

—Eso mismo..., un biplano de esos, que me estuvo rondando y haciéndome señales para que le siguiera.

—¿Tenía carenados grandes en las ruedas y un gran refrigerador de aceite bajo el morro? —preguntó Ibarra, reconociendo, ante el asentimiento del otro, a la estrella de la Aviación Legionaria de la pasada guerra civil española.

—Escarapelas rojas y amarillas en las alas —recordó el americano—; y, en el fuselaje, un círculo negro con esa curiosa insignia falangista dentro de él.

—¿Hacia dónde quería que le siguieras?

—Hacia el Nordeste.

—Un *Chirri de Tauima* entonces —afirmó, seguro, el español.

—Pues la hemos hecho buena —Humberton estaba tan estupefacto como los demás, y Harry caminaba con el grupo hacia la terminal, pensativo y farfullando inyectivas contra alguien.

—Esto puede acabar con los vuelos a *Phantom* antes de lo que pensábamos —dijo, entre festivo y desinteresado, Dick Parker.

—Adiós sueldo —musitó Ibarra, sin asomo de tristeza en la voz.

—Espero que esto te sirva de lección —dijo Harry, deteniéndose de improviso, al piloto recién llegado, cuya cara todavía reflejaba el cansancio y la agonía de nervios pasados durante toda la noche—: o aprendes a volar como es debido, o estás despedido —su ira creció de repente— ¡Aquí sólo se admiten pilotos!

Howard parpadeó, sin responder ni hacer ningún gesto; dio la vuelta y echó a andar hacia las habitaciones, deseando en aquel momento, más que nada, poder dormir ocho horas de un tirón.

**EN LAS FALDAS DEL YEBEL KARN
BENI TUSIN, MARRUECOS ESPAÑOL**

Peñafiel desmontó y dejó que el caballo olisqueara los matorrales cercanos, mientras él permanecía un instante en pie entre las dos hileras de estacas.

Todas tenían una placa reflectante.

Caminó despacio observando el suelo, y su caballo le siguió como haciéndose el despistado. Por entre los matorrales, demasiado ralos para crecer en la superficie despejada de una sierra bravía, la tierra estaba hollada por marcas alargadas y señales de neumáticos de extraño dibujo.

Sintiendo silbar el viento, vio también los restos de una hoguera junto al lugar donde terminaba el rastro de la camioneta de Bachir; y, en un segundo, todo se volvió claro para su mente.

Allí arriba, a más de mil trescientos metros de altitud, se sintió el dueño de aquellos terrenos que se abrían a los pies de los montes, y gozó al tener en su poder aquella información que, posiblemente, le sirviera de mucho en el futuro.

Retornó junto al animal, montó e inició el regreso, apurando media cantimplora y devorando un trozo de queso que llevaba en el morral.

En 1947, en el aeródromo de Tauima, cerca de Melilla, el material de vuelo se va volviendo obsoleto, agotado el remanente de la guerra civil. En la Argelia francesa, las empresas postales recurren a la aviación para enlazar la costa norte con las remotas soledades del interior sahariano, usando excedentes bélicos y pilotos veteranos en paro.

Cita en el aire, cuenta la historia del encuentro repetido de un piloto español y uno norteamericano que vuela para *Air Touareg*, nombre bajo el que se oculta una perfecta red de contrabando

FIAT CR-32



Westland Lysander

SNCA Mehari



Heinkel HE-112 B